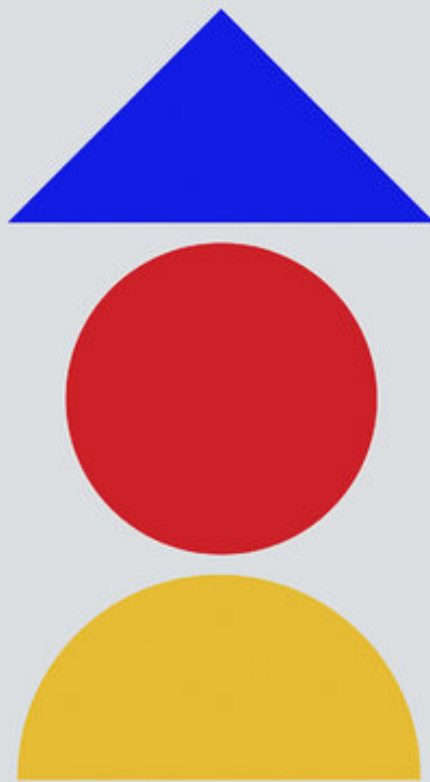


# El plagio

Marcos Mosteiro



BAUHAUS

# Capítulo 1

*"Solo hay una forma de envejecer. Mal"*

Jean Cocteau

## I

Armando despertó sobresaltado de su siesta líquida; no había dormido durante días y su malhumor emanaba de los poros; era una tarde cálida de primavera mientras soñaba con "Quiet days in clichy", la cinta bastarda de Claude Chabrol basada en la novela de Henry Miller; creía que era el mismísimo Alfred cuando repentinamente el zumbido de un mosquito logró estremecerlo. No pudo conectarse con los años locos ni con Syn en el Melody bar nunca más. Eran los principios de la regla. El resto, suele suceder, es relato contado. Quince minutos denme su atención, nada se pierde por una ficción.

Tal como indicaba su nombre, Armando pertenecía al grupo de los gerundios. Vivía atrapado en su presente continuo y, en efecto, no captaba recuerdos ni arrastraba pasados. Ello no obedecía a la pauta Kaurismäki, aunque bien sabría ser uno de sus retratos melancólicos. Su historia es un aborto; extraña incluso para biógrafos y ginecólogos. Hijo de una pareja de magos daneses ausentes, Armando solía rehusar del envido y apostar siempre por el truco; intuitivo, fruto de la primeridad más precaria, dejaba llevarse por las emociones o colores, y si bien no usaba galera, de sus bolsillos solo caían caballos en desgracia.

Sus dientes relinchaban cuando los calambres de las diez golpeaban en el pecho. La raíz del dolor, según indicaba su horóscopo chino, radicaba en las bajas dosis de dopamina que registraba su lóbulo frontal derecho. La lógica de las causas y efectos, explicaba Dr. Zak, su médico de cabecera, se traducía en una ilustre patología: su costado izquierdo latía, pero no obedecía a su cerebro. Armando no era un producto químico lo suficientemente sólido como para sobrevivir a Occidente.

Apenas contaba hasta doce, cuando aburrido de su clase de análisis sintáctico, comenzaba a garabatear entre sus apuntes casitas y sillones tipo Bauhaus. Nació desorientado y sin embargo la culpa siempre sería del sistema, dirán, años más tarde, los frankfurtianos furtivos en las clases de sociología. Fue criado en el reformatorio de los verbos nominalizados entremezclado entre crímenes mediáticos de lo más aberrantes.

En el encierro lingüístico hizo migas con un pastor armenio, sobreviviente al genocidio diseñado por los jóvenes turcos (A propósito, ¿alguien

recuerda el genocidio armenio? Hitler, al dictar la decisión final, pronunció esas sabias y crueles palabras en medio de la multitud). Manukian, así se llamaba, repetía cada día sus anécdotas aprendidas. Su abuelo había formado parte de la guerrilla y cada domingo descendía de la montaña en la que habitaba para asesinar turcos. Cortaba una oreja de cada víctima y luego las volcaba dentro de un balde para demostrar a sus pares que la raza no iba a dejar pisotearse así nomás por Sbdul Hamid II. Su esfuerzo era tan conmovedor como sincera su amistad con el pobre gerundio.

Cumplida su condena, tomó la calle granaderos, esa diagonal que recorta la ciudad, y contó las tejas de los techos y cada chimenea del Barrionuevo. Se dirigía a la casa de su único pariente vivo. La información fue entregada en un sobre cerrado por sus mentores de la reforma; una suerte de tío lejano, primo segundo de algún empleado del circo en donde trabajaron sus padres alguna vez. El calendario no mentía: era un 19 de marzo, justo un día antes del cumpleaños de Augusto, otro de los sustantivos presos de la ira en los tiempos del discurso. Fabián, su tío, también brillaba lejano en sus formas. Recibió al chico con mates y galletitas y no le dedico siquiera una palabra. Los bolsillos de Fabián siempre estaban llenos de cosas; los semiólogos franceses dicen que no asumirse en el relato es un modo de ocultarse. Aquí desaparecen formas. Fabián se toca sus bolsillos para percatarse de que sus cosas estén en el lugar correcto, pero siempre luce perdido en el intento. En tanto, Armando, no los necesita porque no tiene nada que guardar.

## II

En la plazoleta de Malvinas, de espaldas a las vías, los chicos juegan con el tobogán y se marean en la calesita. Lucen despreocupados y felices. Cada cinco minutos, el ferrocarril Roca y su bocina musicalizan la escena y agitan a las aves. Un intervalo así es un segmento de calma aparente, ansiolítica. Ayer Armando volvió a despertarse justo en la mitad de la noche, tras otra de sus pesadillas recurrentes. Los síntomas se repetían: una vez que se apagan sus retinas manchadas, se convierte en un prestigioso arquitecto al cual le quitan la matricula por plagiar la casa Curuchet, diseñada por Le Corbusier. Sus colegas, naturalmente, desconocen de su anomalía. No es una posibilidad concreta ni remota, una casa de cristal y refinada no puede ni debe ser anidada por negros de mierda; menos aún si ella es edificada en Ciudad Evita. Cuando niño (y algo adelantó el frágil narrador), Armando pasaba las horas dibujando casitas; eran casitas a veces, y otras, complejas construcciones grabadas en telgopor.

Una pareja de adolescentes se besa con ganas de adolescente en el banco frente al cual Fabián y su sobrino juegan a las damas. Un señor mayor reta a su nieto por ensuciarse, otra vez, las zapatillas blancas que calzara con ternura su madre minutos antes de impregnarse rojas, fruto de las piedritas del lugar. Las vías transmiten esa nostalgia agridulce y la clara

sensación de partir en dos a la ciudad. Apuntan hacia el norte y retroceden hasta el sur, quizás, en homenaje a su nombre, el Gral. Julio Argentino Roca. A veces la historia se nos presenta así de inocente, con sus toboganes, balcones y aves aterradas. Sus reflejos son los de todos, y de algún modo....

Fueron arquitectos ingleses quienes trazaron estos suburbios de tejas azules y paredes verdes color té. La puntualidad del tren también obedece a las costumbres de la isla. Roca, balbucea Fabián, supo ser inglés y es por ello, y no por él, que la evaporación del sur se traduce muchas veces en la fotosíntesis del norte. Sentados en la plazoleta Combatientes de Malvinas, los únicos sobrevivientes del clan danés bien saben que descansan sobre una colonia. Los puntos cardinales marcan que nacimos en 1810 y desde entonces, fuimos irremediablemente ancianos.

### III

“El amor es lo más importante”, dijo Fabián, “todo lo demás es aleatorio, y se pierde en las montañas rusas”. Leía apasionadamente, masticaba cada punto y coma, juntaba saliva y volvía a tragar. Escuchó el teléfono y su cuerpo comenzó a temblar. Era Gaviota. Alcanzó a decir que los hipster de Brooklyn imitaban mi manera de vestir, lo que vendría a ser una mezcla de paz y crimen pulsando dentro de un organismo escuálido. La habitación era un caos, y aun así, le dediqué unas felices pascuas; en la conversación no faltaron fantasías, porque al fin de cuentas, lo fantástico no existe. Todo es real.

El problema, además de Armando, deviene en un detalle brutal: el ánimo del autor. Amaba con congoja cuando conoció a la chica más hermosa de la Dulce Barracas; Fabián cogió una servilleta y dibujó dos pájaros en una jaula. (Dos). Talata se ruborizó pero no dijo nada. En esta ciudad ausente y sin pan para mis dientes todo es muy poco y nada es bastante. No obstante, Armando dejará de lado a la geometría para convertirse en una auténtica anomalía. Se asimila más a una metonimia. Así fue como sopló durante las tardes nubladas por las calles empedradas del silencio. Nunca quiso ser hijo de sus padres, aunque ellos, sospechaba, tampoco lo habrían elegido. El ombligo del héroe yacía ahí, en esa dicotomía genética. Nacidos y criados.

Siempre fue febrero y mañana será diciembre. No encontré moras en el árbol de la esquina ni hojas secas en la casa de Marciano. Esto no es una crónica; ni siquiera es la verdad y las cosas se mueven todo el tiempo; o quien narra pretende ser otro. No es el presente continuo que tanto aflige a Armando, pero de algún modo sutil, el escritor también vive atrapado en la finitud de los paréntesis. Hay otros en la costa y dicen no ser moros.

## IV

Son las doce en los relojes de todas las muñecas. Los parámetros del globo son propiedad de los meridianos, y sin embargo, las sociedades transitan erguidas a sus espaldas. Negocian impuestos y sobornos, incluso, frente a sus narices. No lo podrán creer, pero en esa praxis se cocinó la celebre frase popular "Lo invisible es esencial a los ojos". No obstante, es cierto aquello que una chispa enciende la pradera. El incendio fue intangible para el gerundio también; A la altura del paralelo veintidós, Armando no sabe con precisión si el primero de los minutos luego de las doce cuenta como hoy o como ayer, pues tiene un curioso empleo del tiempo. El Tic funciona exactamente al revés de lo que expresa el manual de instrucciones que compró en el mercado de pulgas y el Tac, bueno, ¿que esperar del tac, verdad? Es aquello que pasa mientras uno apaga el fuego con su chaqueta.

Odiaba a los originales que se proclamaban de esa forma ante los estratos judiciales; eran unos pocos tontos y todos llevaban, a modo de insignia, una tupida y desaliñada barba. Los acusaban por "Desmanes en la vía pública" y "Algarabía paradigmática". Noche por medio, abstemios y veganos se reunían en la iglesia para pintar con acuarela y dulce de zapallo las paredes encargadas de defender la soberanía domestica. Previo a la detención, acordaron un dialecto en donde cada signo funcionaría por oposición al subsiguiente, en clave Saussure. Horrorizada, la ciudad apeló a su mecanismo de defensa y los señaló con su sonrisa más disimulada en los círculos cristianos. El proceso penal fue transmitido en vivo las 24 horas.

Dije que daban las doce cuando Armando, fuera de su espacio, reconoció a Manukian frente al televisor. Lucía desmejorado y por supuesto, había dejado crecer su barba hasta las tetillas. Sentado en el banquillo, ensayaba una defensa sin abogados y repetía las palabras pronunciadas por el Teniente Gral. J.D. Perón el 24 de junio de 1953, día en que se inauguraba la primera escuela de Periodismo en el país: "*La libertad es un bien social*".

Las carcajadas se adueñaron del espectro. "¿De modo que allí subyace la barbarie? El peronismo es como la viruela, Sr. Juez". El fiscal parecía salido de un cuento de Kafka. El ex pastor y ahora radical armenio prosiguió con su alegato "*Cuando los libertadores del 55 creyeron lo contrario, su señoría, la sociedad cedió ante el individualismo y nos inscribimos en la ortodoxia dictada por el FMI. Los intelectuales y yo pasamos las horas encerrados en el cuarto de la huerta, donde un tocadiscos reproducía canciones de tango y las cintas prohibidas que el Gral. había grabado durante su exilio en Madrid y que Cooke repartía a escondidas en el garaje del sindicato. Se escuchaban para el culo, pero*

*esos textos ayudaban a prolongar la memoria arrancada”*

La memoria es algo extraño. Armando no dispone de una, pero un escalofrío recorrió su espalda en ese instante. Había borrado que llegar al galpón de Manukian implicaba atravesar el barro que hacía las veces de cancha, y luego la huerta de tomates, higos y limones donde operaba la confederación general de los insectos. Fueron inmigrantes europeos y pobres quienes engendraron cuerpos anarquistas y torturables. Vestidos refinados y al pie de la revolución, murieron todos ellos sin leer el Facundo de Sarmiento en la primavera democrática. Las vaquitas de San Antonio todavía sobrevuelan el lugar.

Armando había perdido el fonema de la risa y el llanto, pero una lágrima cayó de su retina manchada cuando escuchó la condena del armenio. La historia no suele equivocarse.

## V

Fue en el otoño solapado cuando comprendió el peso de la pérdida. Las hojas verdes de la plazoleta empalidecieron al ritmo de Abril y la nostalgia, brusca e imperativa, coloreó la atmosfera de su hogar. Armando despuntó entonces de su sopor cotidiano hecho un bicho bolita. Se plegó sobre sí mismo, dijo, ante la derrota cultural que significó el golpe de febrero, durante la euforia de los carnavales.

No es que procure calcar a Frank, pero entiendo la metáfora de G. Samsa. Se lo que digo (y lo que leo) porque lo vivo. ¿Será producto de la duda, pues, el hecho de que esos insectos reserven su dolor? Es factible que experimenten angustia, dado que ella tiene, muy en el fondo, un procedimiento y etimología animal. En esa acabada desolación iban y venían telegramas sin firmar en donde se explicaban los motivos de la renuncia indeclinable. Y ante la duda, Armando, seguía dudando

Las agujas de su despertador retrocedían dos baldosas en cada veintiuno de junio. La información era recogida de fuentes minerales y confiables, aunque siempre resultaba deficiente a la hora de los hechos. Tras sus pasos marchan los poetas de la esquina con su saco a rayas y botas de gamuza; beben jugo de naranjas exprimido y mueven sus bolígrafos cada vez que alzan la vista. Anotan el vacío. *“Solo existen interpretaciones de las vidas, y Ud. no lo advierte todavía. Esto se debe a que está justo un metro detrás del último defensor; El offside es axiomático”*

El poeta parco, autor del cálido verso, había cruzado un charco de sangre desde Colonia del Sacramento y entendía a la poesía como un mero hecho de rimar. El último hombre sería miércoles, y Armando, que nació en la huelga de los trabajadores del reloj, comenzaba a comprender que estaba a varios metros de distancia. Un señor contemplaba todo desde la acera de enfrente. Llevaba una baguette debajo del brazo de acuerdo a sus

costumbres cultivadas. Era descendiente de franceses y como buen francés, vestía elegante y abusaba de la fondue en casi todas las comidas. Una vez que llegó su amante, soltó las bolsas y con su mano derecha, frenó un taxi con el pan y ambos dos subieron rápidamente. En tanto, su esposa picaba las cebollas de verdeo en su cocina recién estrenada; ironía del amor, mientras la fidelidad guisaba las verduras y lloraba su dolor frustrado, los bichitos voladores tomaron las calles de la urbe. En la humedad de la noche, otra mujer asaría la manteca.

En los suburbios olía a vapor. Fabián atendió la llamada unos segundos después de reducir el fuego. Era Gaviota desde Nueva York. Mañana, dijo, cenará con artistas de prestigio y recorrerá los pasillos del M.O.M.A. El narrador, en secreto y por decreto, opta por hablar sobre lo que puede, sin confundir a los poetas que miran en la esquina. Ella camina ahora por la quinta avenida de la ciudad que no duerme. Armando tampoco. ¿Será la errática fe de la raza armenia y el curioso devenir del azar? No soy eso que apuntaron, pero una vez lo dijo un mozo en una playa de Brasil: veinticuatro horas son, sin contar las dos que restan, un día que quiso ser miércoles y nunca más volvió

## **VI**

Era domingo y por fin Armando tendría su rayito de sol. Por la mañana, Fabián mantuvo una acalorada discusión sobre teología junto a unos testigos de Jehová que acudieron a su puerta. "Hola, soy ateo". Así se presentó, en clara actitud bélica. Armando disfrutó de la tertulia y hasta conoció una risa cuando su tío afirmó que las explosiones generaban vida. Luego de tragar el café, erguido sobre sus dos patas, consiguió domesticar el manubrio de su playera amarilla y comenzó a pedalear. Su idea inicial era perderse en el éter porteño, en plan transeúnte, y escribir algunas líneas en lugar de aspirarlas. Aceleró hasta la estación del tren y subió en el segundo vagón del Roca, el de las bicicletas y cartones.

En la profundidad del otoño sin barrer, la afonía de la ciudad se confunde con el viento. En cada rincón, Armando encontraba pedacitos de historias humildes y calladas dignas de un ojo de Breton. Reparó ese ligero absurdo que implica delatar la elipsis en el aire, cuando en simultáneo, las radios transmiten noticias en el mismo espectro y sitio donde él, ahora, observa los caprichos físicos de la estación. La fuerza de la gravedad entre dos objetos es inversamente proporcional a la raíz cuadrada de la distancia que los separa. Los años maduran y caen del manzano y, si bien es relativamente cierto que no disponen de raíz, es seguro que viajan a la tierra. El futuro del gerundio se decide hoy, pero esa decisión está conectada a un pasado que no recuerda.

De la puerta que abre los secretos de la Nasa cuelga un cartel que dice "La abeja, por su peso y forma, no podría volar; pero en los hechos, ella no lo sabe". Y yo, que narro a los empujones, suponía que esa era la luz

de Armando. Pero presumí mal, porque unos meses después, durante la exposición de M.I.M.O, la locura de Ana, mecenas de Gaviota, de algún modo inoportuno sugirió otro final para el gerundio: un recuerdo, a veces, no se tiene ni se pierde; se inventa.